

MANOLO RAMOS GÓMEZ

LES DETENCIONS I EL TRASLLAT A LA CASERNA DE LA GUÀRDIA CIVIL. "ESO HAY QUE PARARLO"

Otro que te quedaba de esto, el Jaime Sala, que en paz descanse, también lo tuvo claro: dijo, "eso hay que cortarlo". Resulta que él tuvo la habilidad de declararse en huelga de hambre, y fue más fuerte que ellos. Porque ellos todavía le querían decir, -por lo del bocadillo a lo mejor-, "quieres comer algo?" y él decía: "Yo no, yo me declaro en huelga de hambre". Y estuvo allí, todo el tiempo que estuvo, haciendo huelga de hambre. Y le ofrecían, y venga ofrecerle, porque pensaban: "Este tío con lo canijo que es y demás, se nos va a quedar en la mano". Y no. Hizo huelga de hambre en aquel [cuartel].

Mi detención me parece que fue el día 11, pero vamos a quedar que fue el día 12, el día del Pilar, que era la fiesta de ellos, suspendieron las fiestas. Me vinieron a buscar a mi casa, me esposaron y allá me cogieron. Primero me decían que les acompañara, que me querían hacer unas preguntas, digo: "No, yo no les acompaño". Allí mismo me dice: "El coche que usted lleva...", digo: "Es el coche de mi cuñado". Y dice: "Pues acompáñenos" y digo: "Que no, que yo no lo acompaño" y entonces resulta que me cogieron esposado y me metieron en el coche, y me llevaron para allá.

Nada más llegar, me enseñan la foto del Jaume Sala. Dice: "¿Conoces a éste?", y digo: "Claro". Yo no tenía porque conocer. Esa es una de las normas, -ya que se ha hablado de cosas aquí-, que lo teníamos bastante claro: Yo no tenía porque tener relación con el Jaume Sala. Uno del Xup, emigrado de allí del Xup, [no tenía porque] tener relación con el Jaume Sala o con el Luis Maruny, ¿yo de que los iba a conocer a estos? Pues claro, resulta de que yo, a partir de ahí, no podía decir nada. Al Jaume Sala, cuando me enseñaron el carné de identidad, dije: "Sí, que lo conozco, lo conozco de la escuela", yo iba a la escuela de Maestría y entonces [Jaume Sala] estaba en la escuela de Maestría.

Total, que no se lo creyeron y entonces ya empezaron. Yo me acuerdo que estaba sentado y esposado. Y el rubio, aquel de la Font de los Capellans, que no sé como se llama, -es el que peor se portó conmigo-, lo primero que hace, que estaba yo así sentado, me pega un pisotón en el pie diciendo: "Tu eres muy espabilado". Total, que yo lo dejé. Luego a media tarde, -porque eso fue sobre las dos-, a media tarde empezaron otra vez conmigo, queriéndome sacar esto, diciéndome que desde cuando yo estaba militando. Yo dije que yo no militaba en ningún sitio, así, en este plan.

<http://www.memoria.cat/detencions1975>

La verdad, tengo que reconocer, -a parte de los pisotones y algún tortazo que me dieron-, la tortura más simple y más tonta que me colocaron, -yo no se si fue coincidiendo o fue por un acto fortuito-, que el guardia civil que estaba en la puerta, -que todavía pulula por ahí, que ahora está jubilado, subnormal perdido-, le encargaron de custodiarme a mi durante toda la noche. Bueno, toda la noche no, un rato. Y me preguntaba: "Tú, donde trabajas?", yo le digo: "Yo en la Telefónica"; dice: "¡Buf! ¿Y te metes en este follón?, hombre, si tanto tienes, tanto vales".

- *¿Era un señor ya mayor?*

- No, al mayor le apodamos nosotros el "pillamoscas", porque estaba tonto pillando moscas por ahí. No, este es uno que pillé yo por ahí. Y el tío todo el rato, todo el rato. Terminaba la frase y otra vez me volvía a preguntar: "Y, ¿cuánto cobras?, y yo decía: "Pues lo normal"; "¿Y cuánto es, la nómina, cuánto?" No sé qué cobraba en aquel momento, me parece que 80 o 90 mil pesetas. Decía: "Buf, ¡si las cobrara yo!". Y todo el rato así, todo el rato así. Yo pensé: "A este tío que me han puesto a mí aquí, ¿para qué coño...?". Con los nervios míos, con este tinglado, pues resulta que es así.

Vinieron a buscarme, me empiezan otra vez a interrogarme, me hacían el pato, esposado, y resulta que me ponían las manos aquí así [s'ajup], yo agachado, y ellos de pie, que no te sientes nada. Te sientes ridículo y empiezan a preguntar cosas. Que si el "Mundo Obrero", que de dónde sale el "Mundo Obrero", que quién lo reparte, cuándo es repartido, en dónde estoy organizado... Yo les dije que no les iba a decir nada. Y la verdad [es] que me pude mantener, entre otras cosas, porque como dije que estaba desubicado, nadie me relacionaba con nada, todo era nuevo.

Entonces me sacaron al patio, que era otra vergüenza, porque resulta que era dentro del cuartel de la Guardia Civil, -que esto lo hemos denunciado alguna vez-, dentro del cuartel de la Guardia Civil, donde hay familias que viven allí, que las ventanas dan al patio, pues resulta que te ponen allí, desnudo de cuerpo para arriba, amarrado al banco. Hay que recordar que entre los nervios, -como ahora Maria Teresa, que tenía frío-, el 12 de octubre, en Manresa, allí atado a un banco. Hacía frío, aquel año hizo mucho frío. Te venían con un vaso de agua y te decían: "Habéis pedido agua?", y decías: "No, no quiero agua". "Toma agua". "Que no quiero agua", y te la echaban por encima.

Cuando me quitaron de allí, que estuve, no sé... a mi me pareció eterno. Ya, a lo mejor, a las seis o las siete de la mañana me quitaron de allí y me amarraron a un tubo de la calefacción. Allí tirado en el suelo, y todo [el mundo] que pasaba, pues yo estaba allí tirado como si fuera un perrillo.

Después, se ve que alguien ya había dicho que yo estaba organizado, que si para aquí, para allá. Entonces me viene el sargento, un sargento que era aquel gordo, ahora no me acuerdo como se llama. Me pone así delante, se me pone con la máquina de escribir, a hacerme ya el interrogatorio por escrito. Decía: "Preguntado sobre cuanto Mundo Obrero recibe cada adepto. Contesta..." Y yo me lo quedaba mirando y decía: "Yo he dicho que no voy a decir nada". "No responde". Empieza otra pregunta y le dije: "Que no. Que no voy a decir nada". Entonces como no le contestaba, el tío aparta la máquina de escribir, me va a dar una patada, me levanto yo también, le pegué una patada a la silla, y se fue la silla por ahí volando. Entonces me cogían y me decían los demás guardias civiles: "Hombre, ¿pero como le haces esto al sargento?", y yo digo: "¿Pero yo, que coño le he hecho al sargento? Si es el sargento el que le ha pegado una patada a la silla". Total, en este plan.

Luego, me di cuenta que cuando ya me detuvieron, cada dos por tres nos llevaban allá... Cuando te iban a interrogar, te sacaban, te llevaban al cuartel, y cuando terminaba el interrogatorio, te llevaban otra vez a la cárcel. Entonces fue, la anécdota esta, de decir: "Bueno que sepan como mínimo que estoy aquí", porque no lo sabía nadie. Y, saber yo quién había. [...] Como la celda estaba vacía y había muy buen eco, entonces empecé a cantar "Andaluces de Jaén", que dice que el amigo Mora se echó a llorar.